



FELICITAN A



EN SU NOVENO ANIVERSARIO

UN ESPACIO PARA RECONOCER EL ESFUERZO DE

LA REVISTA SIC

Al cumplir 60 años informando acerca de la realidad venezolana
de manera objetiva y veraz, convirtiéndose en el punto de referencia
del medio universitario, empresarial y social del país.

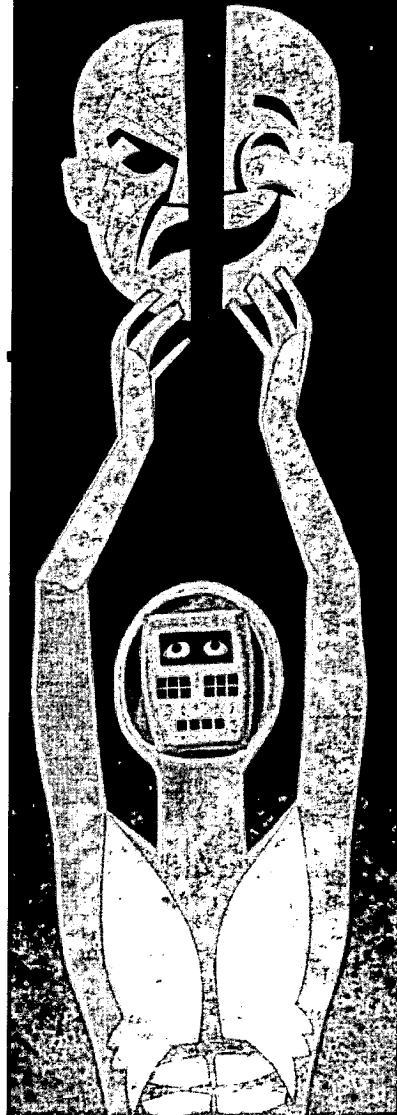


La expresión "poder originario", no derivado, se escucha ya por todas partes. Usted la habrá oído más de una vez durante los últimos tiempos y, supongo, tendrá curiosidad de saber de qué se trata. Pero no adelantamos nuestra comprensión entregándole nuestro asombro a los especialistas. Y es que causa asombro que a uno le digan cosas como estas: (i) que el "poder" es o puede ser "originario", (ii) que el "poder" puede ser "derivado". ¿Es acaso jerga bíblica o babélica?

En realidad, los especialistas, usualmente abogados, nos enseñan que esto apenas quiere decir que hay dos maneras de entender el "poder": una, aquella que lo concibe como una creación que no tiene precedentes institucionales; y la otra, donde el poder surge de otra constitución. Asunto hamleteano: constitución ¿estás o no estás?. El poder que viene de la nada, el originario, exprésase, nos dicen, en la voluntad del pueblo; en el arte de su magia. He aquí el misterio teológico que su verdad revela en la decisión de sus mayorías. Es lógico suponer, entonces, que a partir de allí todo se desencadene. El pueblo es así la voluntad de Dios en esta película que sería la tierra: lo que el pueblo quiera se convertirá en luz.

No le resultará, entonces, a usted extraño descubrir que los analistas digan que esto suele ser el resultado de una "revolución" (de las que ya no hay ninguna viva en todo el planeta), una necesariamente gestada por la violencia. Y así, para que entendamos, nos dan versiones parroquiales de la Revolución Francesa como el film "Amaneció de

No hay peligro en una
Asamblea Constituyente,
el verdadero peligro está
en el romanticismo político
de su cultura,
aquello que dice que el poder
del Estado y la Sociedad
no tiene más límites
que la voluntad sagrada
de quien lo encarne



Golpe". También, nos dicen, que ese poder que sale de las aguas revolucionarias, de su nada generosa, también emerge, a veces, de una guerra, civil o no, como ocurrió en los Balcanes o en Chile, y que en Venezuela explica nuestro deporte constitucional-constituyente. Pero a mí, como a muchos, me intriga descubrir cómo saben tanto los que saben todas estas cosas. Como no me dicen qué es el "poder" ni de dónde surge ese "poder" de que hablan, sino que asumen, todos, que sabemos que el poder de que ellos hablan es uno y el mismo. Y aquí los explicadores de oficio no avanzan mucho el estado de ignorancia que en nosotros causan tantos asombros juntos.

El "poder" es, se dice y se tiene de muchas maneras. Por ejemplo, hay un "poder" que tienen muchas madres y los padres sobre sus hijos, los maestros sobre sus alumnos, los caribes sobre los pendejos, los ricos sobre los pobres, los machos sobre las hembras, los denunciantes de oficio sobre los denunciados de oficio, etc. ¿A cuál poder se refiere ese "poder originario" de que se habla? ¿Son todos iguales? ¿En qué se distinguen de la autoridad? En principio, nos responden los expertos, con facilidad de saltadores de garrocha intelectual "esencialista", el poder es el poder de todos esos poderes juntos, el poder de poderes: el Estado sobre la Sociedad. Pero, dirá usted conmigo, y no contento con tanta precisión, ¿De qué naturaleza es ese poder del Estado y cómo difiere y por qué es o tendría que ser superior al de la Sociedad? ¿Debe ser ello así?

Y aquí nos acercamos a develar el verdadero misterio de la "originariedad" de que nos hablan. Porque sucede que cuando todos nosotros dejamos de creer en nosotros mismos: cuando la República se nos muere, nos morimos nosotros en ella. Hállase esto en la "esencia" del republicanismo. Y ello, creo, ocurre así por esta razón: que no confiamos en que haya un poder que a todos nos ordene en la Sociedad y en el Estado, que ya no hay vida en común o que ésta ya no vale la pena seguirse viviendo así. Y entonces empezamos a sospechar de todo y de todos, y nos di-

El misterio originario

vidimos en extremo, llevando las cosas hasta el punto de querer hacernos enemigos absolutos, jurados. Extrañamente entramos en una crisis moral de certezas en medio de incertidumbres: porque sabemos que descreemos necesitamos creer. Y como no logramos hacerlo, nos afanamos en hacer todo cuanto podamos por "inventar" una nueva manera de congregarnos en sociedad por la fuerza. Cuando aquella creencia en nuestra desconfianza de la que hablo llega a los extremos del pánico, entonces el liberalismo suele llamar a sus guardianes. En nuestro caso, ritualmente, nos aparecen los militares dispuestos a poner orden en casa. Esta es nuestra "verdadera" constitución, aquella que acompaña, como maldición, la cultura de la desconfianza que con tanto ahínco nos hemos empeñado en crear para subvertir los prospectos de paz de esta democracia.

Por creer que no se deben poner reglas al proceso de creación originario, fantasiosamente nos deleitamos en poderes originarios y en las celestinas que le sirven convencionalmente de parteros. No hay peligro en una Asamblea Constituyente, el verdadero peligro está en el romanticismo político de su cultura, aquello que dice que el poder del Estado y la Sociedad no tiene más límites que la voluntad sagrada de quien lo encarne. Pero no, aquí lo único sagrado que en política hemos tenido han sido La Sagrada y la SN...

LUIS CASTRO LEIVA

Doctor en Historia, investigador de la Historia de las ideas políticas